

Prólogo

Recuerdo la mañana de un lejanísimo septiembre, cuando por primera vez tomé contacto con los famosos Dolomitas. Yo tenía quince años y la montaña se me había metido ya muy dentro, casi como un amor obsesivo. Resegone, Corni di Canzo y los Prealpes de mi querida Belluno habían sido suficientes para obrar el milagro. Después de interminables discusiones con mi madre conseguí el permiso y el dinero necesarios para abordar una escalada en serio... ¿En serio? ¡Pero si iba a hacer el Becco di Mezzodì, por encima de Cortina, por la vía normal! Figúrense... Ahora, cuando lo pienso, hasta me río.

Pero en aquel momento sentía una emoción inmensa. Cuántas noches me había quedado hasta tarde recorriendo con la guía de Berti una *croda*¹ tras otra, decenas de ellas, las más famosas, y escálndolas con la imaginación: ya conocía de memoria las vías de ataque, las lanchas, los rellanos, los canales, las crestas, las horquillas... Mi imaginación transformaba las rocas más insignificantes en vertiginosas obras arquitectónicas. La prosa de Berti, que incluso en las descripciones técnicas lograba representar las cimas como si fueran personajes de ficción, me hacía subir por paredes conocidas y temidas: había momentos en que la ilusión era tal, sentía tal miedo de aquellos abismos espantosos, que hasta me faltaba el aliento.

1 *Croda* (pl. *crode*): en los Alpes dolomitas, punta rocosa de sección triangular con aristas limpias. (N. de la T.)

Naturalmente, iría con un guía: de no ser así mi madre nunca me habría dado permiso. En aquellos tiempos, ya remotos, el guía parecía el único custodio legítimo de las montañas. Resultaba inconcebible afrontar aquellos peligros sin guía, al menos para un muchacho de buena familia como yo. El mío era un guía de viejo cuño que tendría ya cincuenta años y que —recuerdo— intentaba convencerme de que hasta los cincuenta años un hombre no alcanza su máximo potencial, cosa que a mí me dejaba pasmado. Él fue quien me propuso que comenzara por Becco del Mezzodì para abrir boca, porque tenía una subida breve y sin pasos complicados, y sin embargo era una ruta típica de los Dolomitas. Croda da Lago, que en la guía de Berti exhibía la fascinación de una severidad legendaria, quedaba reservada para el día siguiente.

Estaba tan impaciente que hice lo que pude por anticipar la partida. Era una mañana preciosa, sin una nube, y a las ocho ya estábamos en camino. Avanzábamos por el amplio sendero que lleva hasta la horquilla de Ambrizzola. La verdad es que podríamos haber salido después de mediodía, porque de todos modos nos sobraba tiempo.

¡Qué orgulloso estaba yo, que no era más que un chaval todavía, de contar con un guía! Seguramente presumí un rato ante los turistas que atestaban el refugio: en mi cabeza, algo arrogante y aventurera, cien veces más que un soldado de fortuna. El que iba con un guía participaba de su arrojo, se parecía a él y pertenecía a su mundo, aunque solo fuera por la comunión que se establece con la cuerda.

Hasta el asunto de la cuerda me emocionaba. Era algo que nunca había sentido. Al final del día, en el refugio, miraba a mi alrededor y compadecía en mi interior a todas aquellas larvas

mediocres de turistas que se contentaban con ir de una cabaña a otra. Cuando entró mi guía y colgó de un gancho el rollo de cuerda, todas las miradas se volvieron hacia él —era la hora del almuerzo— y yo me sentí envidiado. La cuerda significaba vértigo, abismo, no sé cuántas cosas más, prohibidas y fascinantes. Durante toda la tarde me sentí envuelto en una curiosidad difusa, y hubo uno que me preguntó: «Entonces, ¿hacéis cordada?». Yo le respondí que sí con fingido desdén, como si fuera para mí una antigua costumbre.

Solo había dos que no nos hicieron el menor caso: ni a mí, ni al guía, ni a la cuerda. Eran dos jóvenes —tendrían dieciocho o diecinueve años— ataviados de un modo bastante deslucido. Uno era muy flaco, con el rostro afilado y de una extraña vivacidad; el otro, todavía adolescente, macizo y musculoso. Recuerdo que estaban sentados a una mesa jugando al ajedrez. Cuando entramos el guía y yo fueron los únicos, repito, que no se giraron. ¿Es que nos habían visto por la ventana cuando entramos y lo habían hecho a posta para restarme satisfacción? Yo, estúpido perdido, experimenté un sentimiento de desprecio hacia ellos. Pensé que serían estudiantes que estaban de vacaciones: un par de empollones de esos que no tienen ni idea de picos, de escaladas ni de cuerdas; excluidos, en definitiva, de aquel paraíso en el que yo estaba a punto de entrar.

Pero a la mañana siguiente, temprano, cuando emprendíamos el ascenso a la horquilla de Ambrizzola, contemplaba el rollo de cuerda que el guía llevaba colgado en bandolera: se movía con un curioso vaivén que marcaba el ritmo de nuestro paso lento. Entonces me di cuenta de que venían tras nosotros dos que acababan de salir del refugio. Todavía estaban lejos, a unos quinientos metros de distancia, pero caminaban con un paso

más vivo y, poco a poco, se iban acercando. Al final los reconocí: eran los dos estudiantes empollones que había visto la tarde anterior jugando al ajedrez.

Nos alcanzaron poco antes de la horquilla, en el lugar donde se abandona el largo sendero para iniciar el ataque por los taludes. «Buenos días.» «Buenos días.» Era un saludo normal entre gente que se encuentra por la montaña, cortesía que hoy, quién sabe por qué, se practica cada vez menos. Les pregunté:

—¿A dónde van?

El flaco hizo una señal con la cabeza.

—Allá arriba —dijo—. Al Becco.

Me quedé, lo confieso, un poco tocado. Que dos estudiantes, aunque fuesen mayores que yo, se permitiesen el lujo de intentar ellos solos el mismo ascenso que yo iba a hacer con un guía, una escalada que durante meses y meses había saboreado hasta el punto de convertirse casi en una obsesión, me mortificaba.

Lo extraño era que, aparentemente, no llevaban cuerda. O tal vez la llevaban escondida, dentro de una de aquellas dos enormes mochilas. No sé: no tuve valor para preguntárselo.

Entretanto nos adelantaron y se adentraron por un sendero apenas marcado que se podía entrever por el talud.

Pero en un momento dado abandonaron también ese remedo de vereda y giraron a la izquierda.

Entonces mi guía les gritó:

—¡Eh, chicos! ¡Tened en cuenta que el ataque está por este lado! —y señalaba el montón de piedras que teníamos sobre nosotros.

El segundo de los muchachos se giró entonces, respondiendo:

—Es que nosotros vamos a ir por la chimenea.

Y se alejó junto a su compañero.

Mi guía se encogió de hombros. Yo le pregunté:

—¿Qué chimenea? ¿La de Barbaria?

A fuerza de leer la guía de Berti me sabía de memoria todas las vías de los Dolomitas de Cortina.

—Menudas cabezas locas —respondió—. Te apuesto algo a que esta tarde tenemos que ir a buscarlos.

Así que aquellos dos chavales de aspecto inofensivo iban a intentar una escalada que hoy no impresiona a nadie, aunque no deja de ser un cuarto grado puro, pero que en aquel tiempo me parecía tabú.

Y allá arriba, por encima de nosotros, a mano izquierda, la negra hendidura que ascendía entre las paredes verticales desde la base hasta la cumbre con siniestra sinuosidad, con los bordes en extraplomo aquí y allá, exhibía por todas partes concavidades tenebrosas que parecían perderse en el corazón de la roca.

El gesto de aquellos dos muchachos me pareció un sinsentido: iban a acometer sin guía una escalada clásica y dura, de esas que al caer la noche se comentaban en los refugios con reverencia y respeto. Era un desafío presuntuoso, algo así como violar una regla o subvertir una ley.

Sentí rabia. ¡Si no eran más que dos novatos! Si me comparaba con ellos mi empeño parecía una empresa ridícula, una broma para señoritas. Y pensar que hasta poco antes había estado tan orgulloso de ello...

En mi corazón, que será abyecto pero es así, imaginé que aquellos dos, tras una breve cata de las rocas, se descornarían al caer patas arriba o que a la mitad de su ascenso se quedarían atrapados y habría que formar en Cortina una expedición para rescatarlos.

Al cabo de un rato coronamos la cima sin dificultad. Oíamos cada vez más cerca las voces de aquellos dos al otro lado, donde

el abismo se hacía más profundo; al ver asomar el gorro rojo del delgado —seguido por su cara sonriente— por una suave brecha al borde del precipicio, me di cuenta de que mi rabia no era más que envidia. Y de repente me ocurrió algo que no me había sucedido nunca: me di cuenta de que subir por una pared o por un glaciar agarrado a una cuerda y protegido por un guía es algo muy hermoso, y que los guías, todos y cada uno de ellos, son hombres magníficos y dignos del máximo respeto; pero también vi que mientras uno lleva un guía delante, un guía tan fuerte y valiente que reduce al mínimo el riesgo de dejarse la piel, el alpinismo no se experimenta en toda su extensión, no proporciona al hombre todo lo que podría proporcionarle, y que el auténtico alpinismo es confiar solo en las propias fuerzas, ir en pos de esas catedrales de rocas, de esos glaciares amenazadores e impenetrables, sin ayuda de nadie.

Hoy en día este desdén se ha atemperado. En aquellos tiempos —hablo de hace cuarenta años— entre el alpinismo con guía y el alpinismo sin guía había un abismo. Y los que iban sin guía —que, al menos entre nosotros, se contaban con los dedos de una mano— daban la impresión de ser jóvenes airados, rebeldes, subversivos, revolucionarios, chavales con la cabeza caliente, indómitos, chalados de los que había que mantenerse alejado.

A partir de aquel día los académicos —y mientras recorría las montañas me dio la impresión de que me cruzaba con varios— fueron para mí algo extraordinario e inalcanzable. Yo era un muchacho, estaba empezando, pero intuí con profundo disgusto que nunca, jamás, llegaría a tener tanta fuerza, tanta seguridad en mí mismo, tanta independencia, tanta energía moral, como para medirme con la montaña yo solo.

Después tuve la ocasión de conocer a alguno de esos académicos, con los que trabé amistad, y la fortuna de ir de escalada con ellos: escaladas bastante difíciles, por cierto. Y cuando al regresar nos preguntaban los guías qué habíamos hecho, siempre sacudían la cabeza ante la respuesta y yo me sentía feliz, con una felicidad ingenua. Pero me engañaba: escalaba con los académicos, pero no era uno de ellos. No era más que un huésped, un peso muerto. Mi relación con ellos era, en el fondo, la misma que había tenido con el guía.

He escalado unas cuantas montañas en mi vida. Por lo general, modestas. Pero las horas que me parecen más bellas y apasionantes en el recuerdo son, sin duda, las que me han hecho vivir, recorriendo fisuras, lanchas y aristas, mis amigos los académicos de Belluno.

Ahora que yo soy casi un viejo y aquellos amigos de entonces se han dispersado por aquí y por allá, o que hace tiempo que han dejado la montaña, ahora que regreso solo, de cuando en cuando, a mis *crode*, pero siempre bien protegido por una cuerda y por un paciente guía alpino certificado, se ha vuelto vivo y amargo el pesar de no haber tenido valor suficiente, de no haber sabido luchar en solitario, de no haberme empleado a fondo para poder ser como uno de ellos. O, al menos, parecido.

Ahora es demasiado tarde, pero al mirar atrás con melancolía entiendo cómo solo a ellos —al cabeza de cordada, a los guías, a los académicos y a aquellos que, sin tener una titulación reglada, pertenecen aún a esa intrépida familia— les ha revelado la montaña sus secretos más íntimos y mejor guardados: a ellos, y no a los infelices como yo, que han tenido miedo.

De *I cento anni del Cai*, Edizione Cai, Milán, 1963.